

Presentamos una primera aproximación a una estética evolutiva de la arquitectura. Estética, porque estudia la experiencia de la belleza arquitectónica. Evolutiva, porque lo hace desde un punto de vista biológico. Cuatro son sus principales conclusiones:

- 1) La arquitectura ha jugado un papel relevante en la evolución del *homo sapiens*.
- 2) La arquitectura tiene un componente biológico cuyas evidencias remiten a un conjunto de instintos específicos.
- 3) La arquitectura fue la incubadora biológica de las artes.
- 4) Es necesaria una teoría estética que tenga en cuenta por primera vez y en su conjunto las anteriores afirmaciones.

Decir que el hombre es un animal arquitectónico por naturaleza produce todavía incredulidad y escepticismo generales. Entendemos que una araña o un castor lo sean y que construyan una telaraña o un dique gracias a su instinto, pero no que lo seamos nosotros, pues la arquitectura es una práctica que requiere de un complejo aprendizaje. Decir, sin embargo, que “el hombre es un animal lingüístico por naturaleza” es hoy algo ampliamente aceptado por lingüistas y semiólogos, pese a que el habla y la escritura son también actividades que exigen un complejo aprendizaje. Los avances de la biología moderna han acabado por convencerles –y convencernos también a nosotros– de que el lenguaje es un don universal, “instalado de serie” en nuestra especie. En la misma línea es posible estudiar la posible intervención de los instintos en otro comportamiento tan extendido entre los humanos como el lenguaje: la arquitectura. Y podemos hacerlo siguiendo el siguiente proceso de transformación:

- 1) El descubrimiento de una actividad interesante para la supervivencia puede acabar modificando el comportamiento de toda una comunidad, es decir, sus patrones culturales. Las técnicas asociadas al control del fuego o a la construcción de recintos son dos buenos ejemplos. La popularización de dichas prácticas es una evidencia palmaria de que la razón influye en la cultura.
- 2) Con el transcurso de las generaciones la selección natural actúa sobre las sociedades que practican las nuevas costumbres y va fijando adaptaciones en sus individuos. Nuestra fascinación por el fuego o el placer que nos proporciona la protección de un refugio son, creemos, emociones que se han constituido por esta vía. La cultura, a su vez, influye en los instintos.

Tenemos pruebas de que la práctica de la arquitectura es mucho más antigua de lo que se suponía. De ellas se deduce que hace al menos 2.000.000 de años, el *homo habilis*, un homínido no muy diferente de un chimpancé, ya construía su morada con un suelo preparado, un recinto y un techo. Las evidencias disponibles apuntan, pues, hacia un origen de la arquitectura muy anterior al del propio *homo sapiens*. De acuerdo con este dilatado historial habremos de contemplar por fuerza que dicho comportamiento posea un componente instintivo comparable con el de los animales que construyen sus nidos, refugios o madrigueras.

El ejercicio de la arquitectura hizo que nuestros antepasados habitaran en un ambiente más estable y seguro que la intemperie. Hoy diversas teorías coinciden en que esta conquista de la *temperie* modificó decisivamente el rumbo de la evolución humana. La arquitectura, por su capacidad para almacenar y distribuir la energía producida por el fuego debió de actuar como una especie de “trampa” evolutiva capaz de atrapar todos aquellos comportamientos que coordinaban a sus habitantes. En compañía pudieron empezar a retenerse biológicamente comportamientos ventajosos para la supervivencia del grupo tales como la analogía, la anticipación y la imaginación. El instinto de la arquitectura pudo así empezar a ganar en variedad y matices. Mientras el hombre daba forma a la arquitectura, la arquitectura se la daba al hombre.

De los siete instintos que hemos identificado en nuestro trabajo, la *territorialidad* y la *afinidad local* son emociones espaciales que compartimos con multitud de especies animales, vivan o no en una morada. Lo *hogareño*, en cambio, es una emoción arquitectónica que compartimos sólo con aquellos animales capaces de construir su casa. La *ornamentación arquitectónica* está presente en los rituales de apareamiento de algunas especies (aves, peces...) no emparentadas directamente con los humanos. Finalmente la *monumentalidad*, lo *pintoresco*, la *gracia* y tal vez nuestra afinidad por el medio urbano, pueden obedecer a emociones arquitectónicas características de los humanos, impulsadas por la evolución en un contexto arquitectónico potenciado por el fuego.